

BREVE RESEÑA DE LOS PRINCIPALES ACADÉMICOS DE LA REAL DE BUENAS LETRAS QUE ESCRIBIERON OBRAS LITERARIAS EN LENGUA CASTELLANA

Por PABLO CAVESTANY

RAMÓN LÓPEZ SOLER. Cuando el romanticismo, cabalgando a lomos del género narrativo, irrumpió en España, fué López Soler el cultivador inicial de la novela histórica en nuestra patria. La primera obra de este género que publicó y que llevó por título *Los Bandos de Castilla o El Caballero del Cisne*, está escrita en prosa sencilla y transparente. Su acción se supone acaecida en tiempos de don Juan II.

Forzoso es reconocer que este libro, aparecido en 1830, es casi adaptación del *Ivanhoe* de Walter Scott, pero si le falta el mérito de la originalidad, no es pequeño el de la prolija investigación de los hechos que hizo su autor para escribirlo. Mucho menos se documentaron, cuatro años después, sus seguidores Espronceda, en *Sancho Saldaña o El castellano de Cuéllar*, y Larra en *El doncel de Don Enrique el Doliente*.

López Soler, que tan decididamente adscribió su auténtica vocación al romanticismo, apenas esta escuela se aposentó entre las letras españolas, fué a los diecisiete años uno de los principales redactores del periódico *El Europeo* que en 1823 empezó a publicarse en Barcelona para la exposición y defensa de las doctrinas románticas.

No es extraño que este sentimental adolescente que tan profundamente se sumió en estas doctrinas, se dejase arrastrar también por el genio avasallador de Víctor Hugo y que se acogiese con exceso a *Notre Dame de Paris* para escribir su novela *La Catedral de Sevilla*.

En el prólogo de *Los Bandos de Castilla*, genuino manifiesto romántico, se patentiza quizá mejor que en ninguno de sus escritos la inteligencia de este autor más sutil que la de muchos de sus coetáneos del oficio.

Razonable parece admitir que si López Soler, con su amor al estudio y su ardiente vocación literaria, no hubiese muerto (1836) en plena juventud, hubiera enriquecido las letras patrias con aportaciones muy valiosas e interesantes.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO. Este autor escribió, según unos, varias novelas, y, según otros, varios novelones. Son cosas bastante dispares para el gusto de nuestros días. Quizá nos pongamos en un justo término diciendo que cultivó la novela por entregas a imitación de los franceses de su tiempo.

En lo que todos están de acuerdo es en que elige la temática social y política preconizando la defensa del proletariado. No sólo le interesa mucho más el tema que los valores estéticos de la literatura, sino que estos últimos los desdeña bastante.

A Ayguals de Izco, que nació en 1801, le hizo famoso su obra *María o la hija de un jornalero*, que fué traducida al francés, al italiano y al portugués. En España, donde a mediados del siglo pasado se leía todavía menos que ahora, esta obra debió leerse mucho.

En ella trata su autor de describir las costumbres de todas las clases del pueblo y se propone, según le dice a Eugenio Sué, a quien dedica el libro, «abogar, cual vos, por las clases menesterosas, realzar sus virtudes, presentar al vicio en toda su deformidad, ora se oculte haraposo en hediondas cavernas, ora ostente bordados y condecoraciones, ora vista sacrílegamente la modesta túnica del Salvador».

Aunque Ayguals de Izco, progresista, liberal y patriota era buen creyente, a los frailes los miraba casi con tanta saña como a los «moderados», y a éstos con muy poca menos que a Narváez, a quien tenía por un déspota cruel. A estos datos biográficos podemos añadir los que nos proporciona Eugenio Sué, sin duda agradecido a quien le dedicaba tan famoso libro: «Es un notable erudito historiador, un sabio anticuario, un gran crítico de pintura y escultura. Tiene un profundo sentimiento del derecho, de la justicia y del deber y un gran amor a la humanidad».

Nos complace mucho la opinión que al célebre autor de *Los misterios de París* le merece nuestro compatriota y no tenemos nada que oponer a ese juicio; siempre y cuando, naturalmente, se excluya de la Humanidad a los moderados, a los frailes y a Narváez.

Ayguals de Izco escribió también, entre otras, las novelas *La marquesa de Bellaflor* y *Pobres y ricos o La Bruja de Madrid* que, a pesar de sus sabrosos títulos, no alcanzaron la misma notoriedad que *La hija de un jornalero*.

Ingresó en nuestra Academia en 1822, cuando tenía veintiún años. Murió en 1873.

JUAN CORTADA Y SALA. Sorprende leer la bibliografía de este fecundo polígrafo y comprobar su extraordinaria actividad. Novelista, historiador, crítico, moralista, arqueólogo, jurisconsulto, periodista, catedrático, coleccionista de antigüedades, numismático, geógrafo... Tradujo las historias de Inglaterra, Alemania, Países Bajos, Grecia, América y, aunque parezca mentira, otras muchas, si hemos de creer a sus biógrafos.

Se destacó como periodista ameno que publicó durante treinta años centenares de artículos en el *Diario de Barcelona* y en *El Telégrafo*. Son obras suyas, entre otras, *El rapto de doña Almodís*, *Las revueltas de Cataluña*, *El bastardo de Entenza*, *El templario y la villana*, *Cataluña y los Catalanes* y diez tomos de *Novelas Morales*.

Otra de sus obras es un tratado de *Urbanidad*, del que hemos visto le 63.^a edición. Se dicen en este libro cosas que hoy nos parecen pintorescas y que, sin duda, hace un siglo no lo eran. Impresiona la radical mudanza de los tiempos. Se dice, por ejemplo, en ese manual que la sopa no debe tomarse más que con cuchara. Este consejo a la infancia nos parece hoy interesante, no tanto porque nos haga suponer que algunos de los niños de hace un siglo tomaban la sopa con tenedor o quizá con cuchillo, sino porque aporta un dato de cierto interés a la historia de la gastronomía española; nos demuestra, en efecto, de modo fehaciente, que hace un siglo no se conocía entre nosotros como primer plato en las minutas de las comidas más urbanas y distinguidas el «Consomé en taza».

PABLO PIFERRER. El poeta, tan galano, Pablo Piferrer — suene la gaita, ruede la danza —, es ante todo el autor de *Canción de la primavera*. Esta deliciosa poesía, con su contextura tan deliciosamente romántica, pudiera, sin embargo, haber sido escrita por el más moderno poeta de hoy, suponiendo que los poetas de hoy — suene la gaita, ruede la danza — sean tan poetas como lo fué Pablo Piferrer.

Pero, además, Piferrer fué un excelente prosista. Catalán muy amante de su tierra, no escribió más que en lengua castellana. Amó también a España. En prosa escribió una antología de *Clásicos castellanos* con crítica de los autores; unos *Estudios de crítica y Recuerdos y bellezas de España*, en cuya obra brilla su erudición arqueológica y su sensibilidad artística. Son notables también sus poesías *El ermitaño de Montserrat* y la leyenda *Alina y el Genio*. La

obra poética de Piferrer, como la de otros de sus contemporáneos, muestra la especial preferencia que por la poesía clasicista y legendaria sentía Cataluña, donde el atento estudio de los clásicos había hecho feliz consorcio con el romanticismo.

Pablo Piferrer, una de las más cultas y eruditas figuras catalanas del siglo pasado, fué un formidable crítico musical, cuyos artículos eran recibidos con unánime aplauso. No menores fueron sus conocimientos en arqueología y arquitectura; y comentando su labor literaria dice de él Menéndez y Pelayo que «fué un maestro del lenguaje y de la crítica». En las magistrales páginas de su edición de *Clásicos españoles* campean un criterio y una intuición estética tan clarividentes y profundos, que sólo las mejores del propio Menéndez y Pelayo pueden igualarlas. El espiritualismo cristiano de Piferrer abarcó en un abrazo todas las bellas artes. ¡Cuántas cosas se aprestaban a germinar en la tierra pródiga de aquella inteligencia luminosa, en los surcos profundos de aquel corazón generoso! Pero...

Nacido en 1818, Pablo Piferrer murió treinta años después. Quizá de hambre y sed de belleza ideal; quizá en un colapso de romanticismo; en plena juventud; cuando,

Sonido, aroma y color
— suene la gaita, ruede la danza —
únense en himnos de amor
que engendra el himno de la esperanza.

MANUEL MILÁ Y FONTANALS. Una semblanza que daría una idea bastante clara de la enorme personalidad literaria de Milá y Fontanals en las menos palabras posibles, sería ésta: Fué el maestro de Menéndez y Pelayo.

Otra semblanza más amplia nos la hace su egregio discípulo en estos términos: «La gloria de Milá y Fontanals es sólida, indestructible. Hay un departamento de la historia literaria en que reina sin competidor; y quien considera el rico tesoro de sus obras que están literalmente cuajadas de ideas y de matices intelectuales, no podrá menos de reconocer que él introdujo en España estudios enteramente nuevos de literatura comparada; que fué el primero en someter a regla y método la vasta y flotante materia de la poesía popular y que como expositor de las leyes de lo Bello, como filólogo, como crítico y hasta como poeta fué uno de los hombres más beneméritos de la centuria pasada».

Milá y Fontanals fué el primer cultivador en España de la novísima ciencia de las tradiciones populares. Fué, en su tiempo, el único romanista español que estableció contacto con los estudios de

su especialidad en toda Europa. Colaboró con asiduidad en *Revue des langues romanes* y en *Romania*, aportando a estas publicaciones valiosos trabajos donde se manifestaba su vasta erudición.

Milá y Fontanals, ilustre catedrático de la Universidad de Barcelona, puede considerarse hoy como el Menéndez Pidal del siglo XIX. Es Milá el sabio maestro que al rigor de las investigaciones añade una sensibilidad refinada abierta a todos los ámbitos de la cultura. Para ello necesitaba sentir la belleza como la sintió y tener efectivamente el alma de poeta que advirtió en él su gran discípulo.

El insigne romanista estudió por primera vez en su *Romancerillo catalán* las relaciones entre poesía popular catalana y la épica de Castilla. El tratado *De la poesía heroico-popular castellana* inicia la tendencia que ampliará y perfeccionará más tarde Menéndez Pidal. Los romances, dice no son anteriores a los cantares de gesta, como se venía creyendo; por el contrario, son trozos desprendidos de ellos, restos, ruinas. En su libro *De los trovadores de España* recogió ampliamente sus estudios e investigaciones sobre la influencia de la lírica provenzal en Cataluña, Castilla y Portugal.

Milá y Fontanals se interesó vivamente en el renacimiento literario catalán y fué uno de los escritores que contribuyó a la restauración de los Juegos Florales de Barcelona. Entre los numerosos trabajos que publicó sobre literatura catalana merecen destacarse los dedicados a los poetas de los siglos XIV y XV.

Al morir, dejó la herencia de sus papeles al discípulo predilecto, Menéndez y Pelayo. Éste dirigió la edición de las *Obras completas* de su maestro que se publicaron en Barcelona poco tiempo después.

Milá y Fontanals nació en Villafranca del Panadés en 1818 y entregó su alma a Dios en la misma población en 1884. Abierto hace pocos años su sepulcro, el cuerpo de tan insigne catalán, hombre bueno, ciudadano ejemplar y creyente fervoroso, fué hallado totalmente incorrupto.

ANTONIO DE BOFARULL Y BROCA. Este conspicuo caballero y benemérito patricio, de frente lisa y desembarazada como la de Cervantes, escribió cuarenta libros. No los hemos leído todos. El título de uno de esos libros consta de 49 palabras. Casi todos ellos son libros de historia. Escribió, además, incontables artículos y estudios históricos y de crítica teatral. Don Antonio de Bofarull nació en Reus en 1821.

Don Antonio Bofarull fundó y dirigió un periódico satírico que tituló *El hongo*. Pero lo que le hizo más famoso fué el haber sido uno

de los restauradores de la fiesta de los Juegos Florales, de la que fué en 1859 el primer mantenedor. Más tarde, en otros Juegos Florales, pasó de mantenedor a poeta premiado. Tampoco conocemos estas poesías de don Antonio que, según alguno de sus historiadores, están tan llenas de prosismos y de desaliño como las de su enemigo Víctor Balaguer. Don Antonio de Bofarull y Brocá falleció en Barcelona el 12 de febrero de 1892.

FRANCISCO CAMPRODÓN. Es curioso el hecho que, respecto a ciertos autores y sus obras, se observa entre las gentes que ocupan los estratos inferiores de la cultura. Serán, por ejemplo, muy pocos los españoles, aun entre los más rurales e indoctos, a quienes no *les suene* el nombre de Benavente como el de un señor que escribió «funciones» para el teatro; en cambio son numerosos los incapaces, aun en estadios algo más cultos, de decirle a usted ni dos títulos de obras benaventianas. Pero ocurre el caso contrario, el de gentes que conocen o conocieron varios títulos de obras de un autor y aun se deleitaron con ellas e ignoran el nombre de quien las escribió. Incluso con nuestro libro inmortal (y se han hecho sobre el caso numerosas chanzas) ocurre algo parecido: quizá no hay español que no haya oído hablar de Don Quijote de la Mancha, y son muchos los que ignoran quién fué Miguel de Cervantes.

Medio siglo después de haber sido escritas, eran todavía incontables los espectadores que iban a ver representar *Marina*, *El dominó azul*, *Flor de un día* y *Los diamantes de la corona*, pero ya casi nadie sabía quién fué Francisco Camprodón.

Se ha dicho que a veces la obra es superior a su autor. Esto explicaría, tal vez, el segundo de los casos expuestos; pero acontece que, a nuestro juicio, Camprodón es muy superior a esas obras suyas. Corre por alguna de ellas, a los pies de una estatua de Palas, un vientecillo sudeste que hace crecer la hierba y del que vale más no acordarse. Camprodón dijo cosas de mucha más enjundia que la de considerar dichosos los ojos que vuelven a ver «la playa de Lloret».

Este escritor de viva imaginación, de exquisita delicadeza de sentimientos, desdeñó el estilo. La sintaxis no le importaba un bledo; docena más o docena menos de ripios le tenía sin cuidado. Pero con la fuerza que sabía dar a sus personajes y con el dramatismo que sabía infundir en las situaciones, conmovía a los públicos. Probablemente, a cualquiera de nosotros también nos conmueve más el romanticismo que la sintaxis.

Camprodón escribió en castellano y en catalán, pero era mejor

poeta en catalán. Balmes, de quien era condiscípulo, le daba a corregir sus composiciones poéticas.

Intervino en la política; fué diputado varias veces, afiliado a los partidos liberales. Le desterraron a Cádiz. Con motivo de la guerra de Africa le escribió a don Juan Prim una carta en quintillas que se hizo famosa y popularísima por su vibrante nervio patriótico.

Por si no le bastara con ser poeta, autor dramático y diputado, Camprodón fué además un notable flautista, un excelente cocinero y un bienquisto administrador de Hacienda en Cuba, donde a los cincuenta y cuatro años le sorprendió la muerte (1870).

Nos parece injusto que el nombre de este preclaro español romántico que tanto supo conmover a tantos miles y miles de españoles románticos también, sea completamente desconocido para la inmensa mayoría de españoles de hoy, incluso aquellos que a diario se lanzan a beber, a beber y apurar las copas de licor.

VÍCTOR BALAGUER. En el pintoresco siglo XIX ocurrían cosas buenas y malas, como en todos los siglos, pero siempre más pintorescas que las de este nuestro, ávido, nuclear, atorbellinado, prosaico. Para demostrarlo, volvamos un momento al benemérito patricio don Antonio de Bofarull. Este eximio patricio, en su *Historia crítica de Cataluña*, empleó diez tomos en folio para deshacer toda la labor poético-histórica de Víctor Balaguer. ¿Se concibe en nuestros días un señor tan sobrado de tiempo como para dedicarse a tan inútil tarea demoledora? Pues bien: pocos años después, siendo Balaguer ministro de Fomento, le presentaron a la firma una combinación de personal, por la cual el sañudo don Antonio era enviado — léase ostracismo — al Archivo de Simancas. El ministro cogió la pluma y borró de la propuesta el nombre de su enemigo. Cuando éste lo supo se conmovió hasta prorrumpir en llanto.

Fué Víctor Balaguer una de las figuras más brillantes del siglo XIX. Poeta, historiador, político, autor dramático y uno de los más destacados valores de la renaixença catalana, puso su obra literaria al servicio de su ideología política, rindiendo culto a Cataluña. En *Lo llibre del amor* es un lírico con matices petrarquistas. Y líricas son también sus *Tragedias* escritas en catalán. Sus poesías en esta lengua comprenden dos tomos de sus obras completas. Fué *Mestre en Gay Saber* y popularizó las tradiciones catalanas y provenzales en toda España y en parte de América con poéticas leyendas que, como casi todo el resto de su obra, escribió en castellano.

De ideas políticas bastante avanzadas, su gestión administrativa.

fué siempre intachable. Ocupó altos cargos: presidente de la Diputación provincial de Madrid, ministro varias veces, Presidente del Tribunal de Cuentas y del Consejo de Estado. Fué un gran patriota.

Como historiador, publicó, entre otros volúmenes, *Los frailes y sus conventos*, *Historia de Cataluña*, *Historia de los trovadores* y *El Monasterio de Piedra*. No se cuidó del aseo y pulcritud del estilo ni tampoco mucho de la verdad histórica, pero infundió a sus textos un entusiasmo y una emoción poética que para sí hubiera querido el documentado y estudioso don Antonio de Bofarull que tanto estudió los modos de zaherir a su rival. Publicó además Balaguer gran cantidad de monografías históricas en las que, como en toda su copiosísima obra literaria, buscaba ante todo la amenidad y el interés. En general, todos los escritores de la pasada centuria se preocuparon mucho menos de la belleza de la forma literaria que de la elección de los temas. Para el romanticismo, el estilo solía ser una miuucia.

Víctor Balaguer, que alcanzó todas las cimas de la notoriedad, fué también Académico de la Lengua y de la Historia. Nacido en Barcelona en diciembre de 1824, murió en Madrid en 1901.

MANUEL ANGELÓN. Este dramaturgo y novelista, que vió la luz en Lérida en 1851, figura entre los fundadores del moderno teatro catalán. Sin embargo, alguna de sus obras teatrales, como *El ángel de la paz* y *¡Pobre Madre!*, las escribió en castellano.

Todas las obras de este autor, tanto dramas como novelas, tienen un fondo ejemplar y moralizador y por su interés, colorido y amenidad merecieron ampliamente el favor del público.

De sus novelas castizamente románticas, escritas casi todas en castellano, la que más fama alcanzó fué *Treinta años o la vida de un jugador*, publicada en 1862. No sería aventurado afirmar que todavía hoy se lee y que en su tiempo se leyó tanto como la de Ayguals de Izco *María o la hija de un jornalero*.

Manuel Angelón falleció en Barcelona en mayo de 1889.

CELESTINO BARALLAT. Estudioso erudito y culto periodista que trató con acierto temas de sociología, economía y derecho político, su mayor mérito literario fué, sin duda, el de la pulcritud y esmero con que tradujo al castellano las obras de Horacio. Puede decirse sin exageración que fué uno de los mejores traductores que tuvo en España el gran clásico latino. Y, entusiasta asimismo del excelso Mistral, tradujo también limpiamente al castellano las tiernas y deliciosas páginas de *Mireya*.

Fué Secretario de nuestra Corporación en la que ingresó en 1877. Murió el 2 de noviembre de 1905.

ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH. De los escritores ingresados en nuestra Corporación en la pasada centuria, Rubió y Lluch fué el único al que quien esto escribe no sólo conoció, sino trató íntimamente. Puede, por tanto, atestiguar cuánto fué el atractivo intelectual de este hombre cuyo ingenio, erudición y bondad eran placer para sus oyentes. Muerto a los 81 años, cuando en los últimos de su vida tenía el cuerpo caduco y los ojos casi ciegos, su espíritu, su conversación y su rostro, riente siempre, conservaban el vigor, la lucidez y la jovialidad de los cuarenta años.

Si nos pareció que encomiábamos dignamente a Milá y Fontanals diciendo que fué el Maestro de Menéndez y Pelayo, creemos poder definir con un solo trazo, justo también, la personalidad de Rubió y Lluch diciendo que fué uno de los discípulos más predilectos y aventajados de Milá y Fontanals, a quien sucedió en su cátedra de la Universidad de Barcelona. A su vez Rubió y Lluch fué maestro de muchos escritores y catedráticos que brillaron o brillan hoy en las Letras españolas.

La historia y la literatura de Cataluña le deben investigaciones de gran valor, como la edición de *Curial e Güelfa*, los libros sobre la *Crónica de Pedro el Ceremonioso* y muchos otros.

Rubió y Lluch, que ingresó en nuestra Academia en 1889 y en la Real Española en 1927, tiene una obra literaria en castellano muy copiosa debida principalmente a su intensa colaboración en revistas de Centro-América. Esta colaboración, que duró diez años, está representada en unos 200 artículos sobre temas varios: cuestiones didácticas, política religiosa, literatura, estudios críticos sobre autores españoles e hispanoamericanos, etc. Una selección de estos artículos y de otros posteriores se publicó en 1923 bajo el título de *Estudios Hispano-Americanos, 1889-1922*. Esta producción periódica, poco conocida en España, y en la que formuló inteligentes juicios que muestran las líneas esenciales de su pensamiento a las que permaneció siempre fiel, ofrece un aspecto muy interesante de su culta labor literaria. Procuró siempre con un entusiasmo de apóstol la difusión de la fraternidad hispano-americana.

Rubió y Lluch dedicó varios estudios a la expedición catalana a Oriente, entre los que destaca *La expedición y dominación de los catalanes en Oriente juzgadas por los griegos*. Muy digno de mención es también su estudio sobre *El sentimiento del honor en el Teatro de Calderón* (1882). El estilo de Rubió, que era elocuente, fogoso y de amplios períodos en los discursos académicos de sus primeros tiempos, se hizo luego más sereno y conciso; siempre correcto y bello.

Un aspecto olvidado de la producción en castellano de este ilustre académico es su labor de traductor literario. A este renglón pertenecen las colecciones de *Narraciones populares catalanas de Sebastián Farnés* y de *Novelas griegas* (Bikelas, Drosipnis, Eftaliotis, Palamas y Vizyenos) que vieron la luz en 1893.

En sus últimos años volvió a cultivar el castellano en artículos sobre escritores americanos, sobre Menéndez y Pelayo y sobre la condesa de Doña Marina. Su último escrito en la lengua de Castilla fué su discurso de ingreso en la Real Academia Española (1930).

Rubió y Lluch, que fué también un poeta de depurado corte clásico, colaboró en todas las publicaciones de carácter literario y artístico de Barcelona. Querido por todos, dedicó infatigable su vida larga, fértil y generosa al estudio, la investigación y la enseñanza.

Murió en Barcelona en 1937.